



NUEVAS FRONTERAS DE LA IZQUIERDA

Norberto BOBBIO, Federico COEN

FEDERICO COEN: La presente conversación con Norberto Bobbio se suscitó a raíz del cataclismo político que ha trastornado a la Unión Soviética determinando, al mismo tiempo, la caída del comunismo real y el comienzo del proceso de disolución de un gran imperio multinacional. No podemos ni queremos ir por detrás de la actualidad por lo que no vamos a entrar aquí en previsiones a corto plazo acerca del destino de los pueblos implicados en este avatar. Quisiéramos, ante todo, intentar una evaluación retrospectiva de un fenómeno como el movimiento comunista que ha marcado profundamente, en todo el mundo, la historia de este siglo y tratar de ver qué consecuencias para el futuro de la humanidad, y especialmente para el futuro de la izquierda, puede tener el cambio que se ha producido.

Comencemos por medir las dimensiones de tal cambio. Según tu punto de vista, ¿nos encontramos verdaderamente frente a la caída del comunismo en general o tan solo de la tentativa —cumplida— de Lenin y sus herederos de imponer por medio de la violencia el comunismo? ¿Tiene sentido esta distinción en la que se ejercitan hoy ciertos nostálgicos?

NORBERTO BOBBIO: De manera abstracta tiene sentido si se considera que la idea del comunismo recorre toda la historia de Occidente, desde Platón en adelante y, por tanto, tiene raíces mucho más allá de Lenin o Marx. Desde el Renacimiento, es decir, a partir del momento en que se recupera la cultura clásica, todas las utopías políticas, todas las descripciones de ciudades ideales —empezando por las dos más

importantes, la *Ciudad del sol* de Tomasso Campanella, y la *Utopía* de Tomás Moro— se basan en el principio de la comunidad de bienes.

Tomás Moro parte precisamente de la crítica radical a la sociedad inglesa de su tiempo: una crítica a aquello que luego se convertiría en el capitalismo, con su «individualismo posesivo», pero que entonces se configuraba como denuncia de la desmedida sed de riqueza que creaba enormes desigualdades entre ricos y pobres. Y puesto que esa sed de riquezas era fundamentalmente estimulada por la institución de la propiedad individual, siempre se ha considerado que la alternativa era una sociedad que hiciera *tabula rasa* de dicha institución, imponiendo por la fuerza —ya que no podía conseguirse de otro modo— la comunidad de bienes.

Para remitirnos a tiempos más recientes, baste con citar la famosa frase de Rousseau en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* —que se ha convertido en texto fundamental para todo el siglo XIX—, que dice, poco más o menos: «Maldito el día en el que un individuo cercó un trozo de tierra afirmando: esto es mío». Incluso por ésto, por la carga de humanitaria utopía que animó al movimiento comunista, carece de sentido querer poner, como algunos pretenden, en el mismo plano comunismo y fascismo. Ahora bien, está el hecho de que el primer intento de realizar, verdaderamente, el ideal comunista ha dado resultados desastrosos para los pueblos que han estado sometidos a tal prueba.

— **La violencia está entonces implícita en la radicalidad de esa transformación que se intenta realizar. Es por esto que el comunismo es intrínsecamente autoritario.**

— Así es. Una transformación tan radical no puede ser impuesta si no con la violencia. Después de lo cual ya no se vuelve atrás puesto que, en un proceso irreversible,

la violencia llama a la violencia. Por eso, aquellos que quisieran mantener vivo el ideal comunista deberían al menos explicar qué otros medios es posible utilizar para alcanzarlo.

— **En todas partes donde se ha intentado, los resultados han sido idénticos.**

— Si la prueba del pastel está en comerlo, para usar un dicho caro a Marx, hay que reconocer que esta prueba se ha hecho y ha resultado fallida.

— **¿Ha dejado, al menos, herencia positiva este fracaso? ¿O no ha tenido efecto alguno? El hecho de que en aquellos países donde se impusiera el comunismo retornen, casi automáticamente, las viejas ideologías y las antiguas rivalidades étnicas nos sugiere la segunda respuesta.**

— Bien, ésta es la cuestión. Después de 70 años, nada de lo que fuera construido en Rusia ha quedado en pie. No sólo está en curso una restauración política comparable a la francesa después de la Revolución (aunque la Revolución Francesa duró pocos años y la cosa se podía incluso entender), sino que, después de 70 años, gente de la tercera o cuarta generación después de la Revolución de Octubre que, aun no teniendo ningún conocimiento de lo que existía antes ni de cómo es verdaderamente el mundo occidental, niega sin embargo, radicalmente, el modo en el que ha sido acostumbrada a vivir. Han estudiado el marxismo-leninismo durante toda su vida y, sin embargo, en sus mentes no ha quedado traza alguna.

— **¿Podría establecerse un paralelismo con la caída del nazismo?**

— No lo creo. En términos comparativos, el nazismo duró muy poco y fue vencido en la guerra. Además, no tenía, como el comunismo, la pretensión de ser la realización,

largo tiempo soñada, de una milenaria utopía.

Volviendo al paralelo con la Revolución Francesa, cabría recordar que, en ocasión de la restauración ochocentista, el fracaso de la experiencia revolucionaria también pareció irreversible. Lo que fue proclamado por escritores de derechas como De Maistre, mientras que, en realidad, aquella revolución había dejado profundas huellas. Pero en el caso de la revolución comunista, aun con toda buena voluntad, no se alcanza a determinar elemento alguno de herencia positiva.

Y aún más. Se puede afirmar que, después de estos 70 años, no ha quedado nada en Rusia que merezca ser valorado como importante en la historia de la humanidad: no ha habido un gran escritor, salvo en el campo contrario, el de los disidentes; tampoco ninguna gran obra de arte, de pintura o arquitectura. Al contrario, lo que se ha dado, casi siempre, es una arquitectura pésima. Y el teatro ha seguido representando a Chéjov. Sólo en los primerísimos años hubo una fase creativa y, después, el vacío. ¿Sabes qué es lo único que ha permanecido? Sólo el poder. Eso sí. Para bien o para mal, la URSS llegó a ser la segunda potencia militar mundial y ello es la mejor prueba de la ruina radical que se ha cumplido respecto a los ideales de origen.

— **Existe otra tentativa de limitar las dimensiones de ese fracaso: la que subraya los vínculos entre el realismo soviético y la realidad de la Rusia prerevolucionaria, realidad hecha de retraso político y cultural respecto a Occidente pero, al mismo tiempo, traspasado de expectativas mesiánicas. En una palabra, lo que habría fracasado sería la versión rusa del comunismo.**

— No tengo un conocimiento tal de la historia rusa que me permita evaluar exactamente qué influencia pueda haber tenido

sobre el bolchevismo cierta cultura prerevolucionaria. Pero sé con seguridad que la cultura rusa precedente, pese a la autocracia zarista, ha dejado huellas indelebles en el mundo del espíritu, en Europa y en todo el mundo. Pensemos en el gran papel que ha jugado la literatura rusa en la literatura del siglo XIX. Por no hablar de la música, del teatro y tantas otras cosas. Aquella gran etapa del espíritu ha sido barrida. Artistas y estudiosos de valía han huido. La solución de continuidad no podría ser más clara. En este aspecto sí existe, realmente, un paralelismo con el nazismo, el cual, en pocos años, destruyó el gran arte y la gran cultura de la Alemania de Weimar.

— **¿Y de Viena?**

— Tanto el nazismo como el bolchevismo han hecho el máximo esfuerzo por crear una gran potencia militar, con la diferencia de que Alemania perdió la guerra y Rusia la ganó, única herencia positiva que sobrevive a la catástrofe.

Por lo demás, si reconozco en mí cierta indulgencia en el enfrentamiento con los comunistas no es sólo porque los hayamos tenido como compañeros de lucha en los Comités de liberación y en la resistencia, sino también porque entonces la Unión Soviética estaba de parte de aquellos que vencieron al nazismo.

— **Durante la posguerra fueron muchos los que se adhirieron al comunismo, incluso en la línea de las victorias del Ejército Rojo. Pero también es cierto que tales victorias se lograron más en nombre del patriotismo ruso que del comunismo, un ideal que ya entonces en Rusia no se mostraba lo bastante movilizador. Como quiera que sea, si no he entendido mal, tú consideras que las raíces autóctonas del comunismo soviético son bastante marginales y, fundamentalmente, herencia de la cultura universal. ¿No es así?**

— Sí, me pronuncio por esa hipótesis. En Rusia no sólo el partido bolchevique sino también el menchevique nacen de una matriz occidental. Tanto Lenin como Martov se consideraban discípulos de Marx. La idea misma de un partido guía cuyo objetivo es hacer la revolución e impedir su derrota recurriendo a una dictadura incluso despiadada es una idea que surgió en Occidente y que había tenido ya su gran expresión en el jacobinismo. Aunque en un país sin tradiciones liberales aquellas ideas encontraran terreno particularmente favorable, la raíz sigue siendo la misma.

— **Llegamos a un punto clave. ¿Si vamos, en torbellino, de Lenin a Marx, de Marx a Rousseau, de Rousseau a los Iluministas, no corremos el riesgo de implicar, condenándolas en ese mismo fin deshonesto del comunismo, a todas las filosofías de la historia que se imbrican alrededor de la idea de progreso? ¿No corremos el riesgo de hacer, por decirlo así, de cualquier hierba un haz?**

— Todas las filosofías del progreso del siglo pasado tenían una impronta determinista en tanto que consideraban al progreso como pasaje necesario, casi automático, de una fase a otra de la historia y que el estadio que seguía era mejor que el precedente. Esto es válido también para la filosofía de Marx. Pero podemos remontarnos hasta el famoso ensayo de filosofía de la historia de Kant donde se afirma que el curso de la humanidad es un progreso continuo hacia lo mejor.

Ahora bien, no cabe duda de que esta idea de progreso sufrió su gran derrota con la primera gran masacre que haya sufrido en su historia la humanidad, la Primera Guerra Mundial. Es a partir de entonces cuando adquieren fuerza todas las filosofías pesimistas de principios de siglo, empezando por la de Spengler sobre la «caída de Occidente». Y, sin embargo, también es cierto que este pesimismo no arrastró a las filo-

sofías del progreso de inspiración marxista. De hecho, el pensamiento marxista no interpretó el gran desastre de la guerra mundial como el fin del mito del progreso sino como el fin de una etapa del progreso que, hasta entonces, había sido guiada por la burguesía, es decir, como la conclusión de esa gran expansión de la civilización burguesa que Marx había exaltado en las primeras páginas del *Manifiesto*. Puesto que el movimiento obrero y sus vanguardias se consideraban los protagonistas de la nueva etapa histórica y, en cierto sentido, herederos de la civilización burguesa en decadencia, puede decirse que la guerra mundial contribuyó a acreditar, no sólo en Rusia, la idea de una revolución en nombre del progreso. Pero hoy incluso esta versión de la idea de progreso ha naufragado.

— **Se puede considerar quizás que lo que ha terminado es, sobre todo, la idea de un progreso destinado a realizarse a través de la política. El proceso de civilización probablemente sigue otros derroteros: el desarrollo económico, la búsqueda de una relación más equilibrada con la naturaleza, el arte, la ciencia, etc. Forzar estos procesos mediante la primacía de la política produce estragos. ¿No crees que los acontecimientos de los que hablamos sirven también para señalar los límites de la política, es decir, para acreditar una idea de la política como servicio antes que como ejercicio demiúrgico?**

— Es preciso reconocer que esta idea de la primacía de la política no pertenece a Marx quien, por el contrario, interpreta los estadios de desarrollo de la historia —esclavitud, feudalismo, capitalismo, socialismo, comunismo— según categorías económicas y no políticas. El marxismo, en este sentido, más bien se aleja de la tradicional visión progresista de la historia hasta Hegel. Hegel consideraba la existencia de tres fases históricas —aquella en la que sólo uno es libre, el despotismo oriental; aquella en la que

unos pocos son libres, las repúblicas aristocráticas; y aquella otra en la que todos son libres, la monarquía constitucional de su tiempo— refiriéndose exactamente a las formas de gobierno. Para Marx, en cambio, la política es superestructura y son otras las fuerzas motrices del progreso: las fuerzas productivas.

— **Distinto es el caso de Lenin.**

— Exacto. Es Lenin quien sobrevalora el momento político. Y es contra esta sobrevaloración que actúa la polémica de los mencheviques y en general de los socialdemócratas europeos, quienes consideraban que el intento de implantar el socialismo en un país atrasado como Rusia a través de una dictadura política fracasaría y acarrearía desastres. Hoy podemos decir que esta crítica del leninismo en nombre del marxismo daba exactamente en el clavo. Incluso ahora en que han cambiado muchos términos del problema.

— **Cambiamos también nosotros de argumento. Me gustaría saber qué piensas acerca del triunfalismo con que los nuevos y viejos guardianes del capitalismo (entre ellos, muchos comunistas) inundan hoy el mercado como panacea a todos los males.**

— En un artículo titulado «Utopía vuelta del revés» publicado en *La Stampa* al día siguiente de las tropelías de la Plaza de Tianan Men, observaba que el fracaso del comunismo ha dejado un vacío mucho más grande que el fracaso de otras ideologías, como el nazismo y el fascismo, porque en este caso no ha fracasado sólo un régimen político sino que ha caído también una esperanza que alentaron millones de personas de buena fe. En dicho artículo afirmaba (y todavía afirmo) que gran parte de los problemas a los que pretendía dar para siempre solución el comunismo, permanecen intactos todavía. Debemos buscar nuevas res-

puestas en vez de celebrar el triunfo del capitalismo.

— **Pasando a un plano más personal. En dos ocasiones —en los años 50 y en los 70— ha desempeñado el papel de conciencia crítica de la izquierda. Tu crítica de la doctrina marxista del Estado y la invitación que hiciste al más grande partido comunista occidental, el italiano, a que revalorizara plenamente el Estado de derecho y la democracia representativa antes que quedar anclado en el marxismo-leninismo o de perseguir las actitudes poco serias de la llamada nueva izquierda, suscitaron la viva reacción de los «intelectuales orgánicos», muchos de los cuales han llegado tardíamente a las mismas conclusiones que entonces sugerías. ¿Cómo evalúas hoy, retrospectivamente, aquella polémica? ¿Afirmarías lo mismo o quizás hoy, quince años después, tu crítica iría más a fondo?**

— Creo que, después de todo lo que ha sucedido, hoy debería ir más a fondo. Mi impresión es que esta gran crisis del comunismo es, en cierto sentido, una crisis del socialismo, al menos tal como hasta ahora ha sido entendido. Primero, porque lo que ha entrado en crisis no es sólo la estatización integral de la economía que fuera llevada a cabo en los países del comunismo real sino la estatización en general. Como se sabe, el comunismo y el socialismo, en su origen, se distinguieron y separaron más por los medios que por los fines. También los socialdemócratas y los reformistas compartían el objetivo final de la colectivización de los medios de producción y ya a comienzos del siglo los liberales previeron que ello habría conducido a una sociedad dominada por la burocracia.

Es cierto que, con las experiencias de gobierno, los programas de nacionalización han sido abandonados en gran parte, pero como quiera que sea el intervencionismo de Estado queda históricamente como filiación

distintiva de los partidos socialistas, como una idea-fuerza propia.

En segundo lugar, es dudoso que exista todavía aquel sujeto histórico de quien tradicionalmente los movimientos socialistas se han sentido su representante político. También desde esta perspectiva tampoco hay diferencia entre socialistas y comunistas: tanto unos como otros se reclamaban del movimiento obrero asumiendo la interpretación marxista del curso de la historia. Pero hoy, ¿cómo puede pensarse en confiar a una clase obrera fundamentalmente minoritaria el papel protagonista de la nueva historia?

— **Consideremos el primero de estos argumentos, la cuestión del fin. Ningún socialista sueña hoy en considerar el socialismo como una sociedad cumplida, que ha resuelto ya todos los problemas. Actualmente la opinión dominante es que el conflicto entre las razones del socialismo y las del capitalismo no puede resolverse con una operación quirúrgica sino que es inmanente a la sociedad moderna. En otras palabras, el socialismo es entendido como frontera móvil en la cual es necesario empeñarse para encontrar, cada vez, el punto de equilibrio más avanzado posible entre valores de signo opuesto, sin metas preestablecidas.**

— Probablemente el socialismo es entendido hoy en esos términos. Pero, si es así, surgen otras objeciones. Antes que nada, se trata de saber si el socialismo es sólo un movimiento orientado hacia la defensa de ciertos valores fundamentales, porque entonces basta con el Papa.

— **Llegaremos incluso al Papa.**

— Si, en cambio, quiere continuar siendo un movimiento político, debe entonces repensar los fundamentos de sus programas, puesto que las tradicionales recetas socialdemócratas ya no sirven.

— **¿Porque han fracasado o porque han sido realizadas?**

— Ciertamente, en parte han sido realizadas. El Estado asistencial es una realidad. Pero creo que ello es producto más de la fuerza de las cosas que otra cosa. Hemos llegado, por ejemplo, a tener un país como Italia donde la presencia socialista es muy débil. Los socialistas italianos han estado muchos años en el gobierno pero no es verdad que por su mediación se haya hecho realidad el Estado asistencial. Ha sido, ante todo, la Democracia Cristiana quien lo ha promovido. Pero había un consenso general para que, junto a los llamados derechos de libertad, se reconocieran también como fundamentales los llamados derechos sociales a la instrucción, al trabajo, a la sanidad.

— **Podríamos discutir largo tiempo sobre esta cuestión. Gran parte de tales derechos son reconocidos sólo formalmente y la acción de la izquierda política y sindical, también en Italia, no ha sido ciertamente ajena a la realización de las conquistas más importantes. Pero, sobre todo, tampoco se descuida que la disputa entre las razones del socialismo y las del mercado se coloca hoy en otras fronteras, producto de las nuevas contradicciones del capitalismo.**

— Es verdad, han pasado al primer plano nuevas problemáticas. Como las que surgen de la amenaza al equilibrio natural, del riesgo de destrucción atómica, de la superpoblación y demás. Pero se trata de problemas que no entran dentro del tradicional bagaje de la doctrina socialista y que no son reconducibles a la subjetividad de la clase obrera o, en general, del trabajo dependiente.

— **No sé si podemos dar por descontado que la cuestión social está destinada a pasar a segundo plano. En los países subdesarrollados se ha superado**

una sociedad en la que la gran mayoría de la población vivía en condiciones de marginación. Lo que significa que la cuestión social ha cambiado, ciertamente, en sus términos. Aunque ahí queda abierta, sumándose a las nuevas contradicciones de las que hablamos.

— Me parece que, actualmente, el verdadero problema social es el que se origina en la relación entre países desarrollados y subdesarrollados más que en las relaciones internas en cada país. Cambia por tanto, sustancialmente, el sujeto histórico, que debería ser hoy reconducido, más que a la clase obrera, más bien a un conjunto extremadamente heterogéneo de individuos y de grupos como el de los «condenados de la tierra». Entonces, la tarea de los socialistas se hace más compleja que nunca.

— **En Italia, el Partido Comunista, en su esfuerzo por adecuarse a la realidad, ha abandonado la vieja ideología pero no ha querido definirse socialista y ha preferido llamarse democrático, aunque sea de izquierda. Como bien sabes, dentro y fuera del nuevo partido se ha originado una polémica. ¿Consideras que conceptos tan genéricos como «democracia» e «izquierda» puedan servir para definir la identidad de un partido?**

— Creo que la idea de la que parten los ex-comunistas italianos es que la caída del comunismo ha hecho entrar en crisis también al socialismo y que en tal equiparación pueda haber, quizás, pecado de orgullo. Sin embargo, queda el hecho de que pronunciarse por la idea de izquierda tiene su justificación, en cuanto el término «izquierda» comprende a los socialistas pero también a todos aquellos nuevos movimientos que han surgido de situaciones de hecho que los partidos socialistas no habían previsto.

Es cierto que hoy incluso la dicotomía izquierda-derecha es muy discutida, pero yo

considero que todavía tiene un profundo valor distintivo.

— **¿Cómo resumirías los nuevos cometidos que se le presentan hoy a la izquierda?**

— La fórmula que más me convence, en lo que pueda valer una fórmula, es la de una «izquierda de los derechos». Me explico: si se tiene en cuenta el amplio espectro de problemas, viejos y nuevos, que debe afrontar la izquierda y que ya hemos señalado, pienso que el único hilo conductor que puede llevar tales problemas hacia una síntesis unitaria es precisamente el de los derechos humanos. Hoy están en primer plano no sólo los derechos de libertad o el derecho al trabajo y a la seguridad social, sino también, por poner un ejemplo, el derecho de la humanidad actual, y aún de las generaciones futuras, a vivir en un ambiente no contaminado, el derecho a la procreación autoregulada, el derecho a la privacidad frente a la posibilidad que hoy tiene el Estado de saber exactamente todo lo que hacemos. Además, quisiera señalar la gravísima amenaza a la conservación del patrimonio genético generada por el progreso técnico de la biología, amenaza a la que no podrá responderse si no es estableciendo nuevos derechos. Estas son, a mi juicio, las nuevas fronteras de la izquierda y, dentro de ella, de los partidos socialistas.

— **No se trata entonces de relegar la técnica —como desearían ciertos filósofos— sino de llevar la política a la altura de los nuevos problemas que ha producido la innovación tecnológica. Quisiera recordar a propósito el debate abierto en la revista «Letra Internacional» sobre la tesis de Heiner Müller que, precisamente, demoniza el capitalismo como fuerza propulsora de una tecnología deshumanizante.**

— No estoy de acuerdo con este tipo de demonización de origen heideggeriano. El

progreso científico y tecnológico es, a mi juicio, irreversible. La amenaza no proviene de la ciencia y de la técnica en cuanto tales sino del inmenso poder que ofrecen a quienes nos gobiernan.

— **Llegamos, por fin, al Papa. Hoy la Iglesia católica no se limita a tomar acta de la caída del comunismo sino que, inmediatamente, despliega sus baterías contra el capitalismo —al menos de palabra— empañándose en una dura polémica contra el individualismo, el hedonismo, el consumismo y la insensibilidad social. Es decir, que asume una serie de temas propios de la izquierda. La tentación de cierta izquierda de secundar y, más exactamente, de converger con este discurso es muy grande. ¿Es posible determinar un límite? Y, ¿cómo reacciona un laico ante esta tentación?**

— Durante la guerra del Golfo se entabló una dura polémica entre muchos jóvenes, con los que tengo una antigua costumbre de encuentros y discusiones. Yo me había adherido a la guerra en tanto que su finalidad era la de rechazar una agresión y, por ese motivo, había sido autorizada por las Naciones Unidas. Todos estos jóvenes, laicos, me criticaron afirmando que precisamente mi cultura laica me impedía comprender lo que había comprendido el Papa cuando enunciara aquella famosa frase de: «La guerra es una aventura sin retorno». De esa discusión surgió un seminario —to-

avía en curso—, pero el episodio estimuló en mí una reflexión sobre la relación entre laicismo y cristianismo ante la política en general y no sólo ante la guerra. Mi impresión es que el laico como tal, aún cuando tiene sus valores, encuentra dificultad para hacerlos valer porque la razón en la que se basa no tiene, a menudo, suficiente incidencia en el hombre de la calle. Sólo a través de una concepción trascendente de la vida tienes autoridad necesaria para que penetren los mismos valores —por ejemplo, «no matar»— entre la gente común. En resumen, actualmente, en la sociedad de masas la religión tiene una fuerza de persuasión que no posee el laico.

— **Algunas de esas campañas del Papa son sin embargo de signo regresivo.**

— Esto es verdad en algunos aspectos, por ejemplo la excesiva importancia que concede a las cuestiones sexuales y a la condena de toda forma de limitación del nacimiento. Pero las campañas contra la corrupción política, la alienación comunista, la violencia urbana y demás no lo son. Confieso que sufro mucho al tocar este argumento, porque no logro renunciar a mi laicismo, aun cuando dudo cada vez más de su capacidad de combatir eficazmente las muchas formas de degeneración moral propias de una sociedad de masas.

Traducción de Edgardo Oviedo